

SEMINARIO SOBRE "ETICA INTERRELIGIOSA Y TRANSCULTURAL

Organizado por la Universidad de Artes, Ciencias y Comunicación (UNIACC)

Gilles Lipovetski -que acaba de estar en Chile- analiza en tres libros -acaba de agregar un cuarto- la situación del hombre y la sociedad europea actual. Los títulos de sus libros son decisivos.

"La era del vacío": allí expone, después de Christopher Marsch, el narcisismo del hombre contemporáneo. El hombre y la mujer se han desolidarizado de los demás. Cada cual se preocupa en forma casi exclusiva, y casi obsesiva, de estar bien, de verse bien, de pasarlo bien. Se busca el dinero, el empleo bien remunerado, la ganancia fácil, para tener un buen departamento, un auto de lujo, para viajar, para comer bien, beber bien y vestir bien. De cuando en cuando, para sentirse bueno, se ayuda a los niños discapacitados o a los negritos de Burundi, a través de una Teletón o de algo equivalente, que no dure más de un cuarto de hora y que no pida más que un pequeño cheque de ayuda.

"El imperio de lo efímero" es sobre la moda, pero más que la moda. El hombre era parte de una trama. Ha ido arrancando los hilos verticales que venían del pasado e iban al futuro. Solo quedan los hilos horizontales. Se acabó la tradición, la transmisión familiar de las culturas ancestrales, de sus creencias, sus valores, sus costumbres. Tampoco hay proyecto de futuro: la familia se constituye tardíamente, con amarras de pareja fáciles de disolver, sin hijos o con pocos hijos que pasan poco en casa con sus padres y se integran muy luego al mundo de los jóvenes, sus pares. Se hace lo que hacen los demás, se compra lo que compran los demás, se piensa lo que piensan los demás. Es la nivelación producida por el mercado, la publicidad, la televisión, el turismo y otros instrumentos de globalización. Allan Bloom ha hablado del "cierre de la mente americana", al describir la situación del joven de 18 años en su país, los Estados Unidos, que llega a la Universidad o se integra al mundo del trabajo, sin raíces, sin ser nadie ni nada, dispuesto a todo, a cualquier cosa o a nada.

"El crepúsculo del deber", el tercer libro de Lipovetski, trata de la ética. Durante milenios la ética fue, para la inmensa mayoría de los hombres, religiosa: el hombre debía cumplir la voluntad de Dios. Y esto para todas las religiones, especialmente las monoteístas -el judaísmo, el cristianismo, el islam- y para las sabidurías orientales, mas éticas que religiosas, como el confucianismo o el budismo. Luego vino el laicismo. Dios fue alejado del escenario humano. Pero la ética quedó y, en muchos casos, con un fuerte sentido de deber, de obligación, de principios y valores, que ya no eran religiosos pero que no se discutían: la honradez, la veracidad, el patriotismo...Y luego el sentido del deber entró en crepúsculo. Se fue desdibujando hasta desaparecer, para dar lugar a una moral indolora, que no conoce el sacrificio, el renunciamiento, la disciplina, la autoridad y la obediencia y menos la censura. Cada cual hace libremente lo que él quiere, lo que le agrada. Con una sola restricción: no impedir a los demás hacer también lo que ellos quieran.

En su cuarto libro, que aún no he leído, Lipovetski habla de la mujer actual. "La tercera mujer" -es el título del libro- es una feminista que al parecer, redescubre que no se trata para la mujer de igualarse con el hombre o de competir con él, sino de ser respetada y estimada en su diferencia, la feminidad, y en su complementación con el hombre -en la relación de pareja, en la maternidad, en la educación de los niños, en la vida del hogar. Temas que están esbozados en "El cáliz y la espada" de Riane Eisler o en "Megatrends for women" de los esposos Naisbitt y que corresponden a la tendencia actual de una parte al menos del movimiento feminista.

Y estos son los hombres y mujeres individuales que se afrontan a una crisis profunda de una sociedad de la que forman parte pero se desinteresan, de un sistema político, económico y social en proceso de revisión; a la explosión demográfica; a la angustia ecológica; al vertiginoso progreso tecnológico; a la desorientación de la cultura, literaria, artística, científica y filosófica; a la crisis de la educación y de la comunicación social y a la sensación de mareo que produce en

muchos la nueva posición del hombre en el espacio -globalización planetaria- y en el tiempo - cambio de siglo, de milenio; crisis de la cultura moderna o alumbramiento de una cultura postmoderna.

No puedo entrar en el análisis de esta crisis. Solo voy a sugerir dos puntos para responder más precisamente al tema de este seminario.

Pienso que después de tanta especialización, de tanta fragmentación, de tanto análisis y de tanta racionalidad y espíritu positivo, nos encaminamos a un tiempo de generalización, de integración, de síntesis. Que pasaremos, como lo deseaba T.S. Eliot, "de la información al conocimiento y del conocimiento a la sabiduría". Que nuestro mundo "desencantado" se reencantará buscando una nueva síntesis. A la tesis de la que ha vivido el mundo moderno, desde Descartes y Bacon hasta ahora, hecha de empirismo, de racionalismo y de técnica, opondrá, para que entre a reaccionar con ella, la antítesis de los valores y creencias reprimidos, la afectividad, la imaginación, la creatividad, la búsqueda del sentido y el sentido del misterio, la poesía, la mística, la belleza, todo lo que enriquece al hombre, lo hace crecer en todas sus dimensiones y lo conecta con el mundo de la verdad, de la belleza y del amor infinitos. De ese proceso dialéctico nacerá la nueva síntesis y esa síntesis será el reencantamiento del hombre, de la vida, del mundo. Es la tarea del siglo que viene.

La segunda pista se refiere al problema religioso. La religión, sin duda, ha sido y sigue siendo un factor de encantamiento. Pero la religión se nos presenta en la realidad bajo dos aspectos. En toda religión hay una fe, una visión del hombre y de la vida, un mensaje, un llamado, una oferta, una esperanza, una invitación al misterio, al "noumeno" de que habla el teólogo protestante Rudolf Otto. Y hay también una institución, una iglesia, una denominación que organiza a los creyentes de esa religión, hace de la fe una doctrina, de la esperanza un culto, del

amor una moral. Un teólogo católico dice que nuestra Iglesia Católica es como un hombre cuyo cuerpo lo forman todos los hombres que constituimos la Iglesia, con nuestras limitaciones y miserias; cuya alma es el Espíritu Santo, siempre joven, siempre nuevo, porque es Dios; y cuya vestimenta es la cultura del día. La Iglesia, nos dice, cambia de traje según los tiempos: la Iglesia del Renacimiento, la de Julio II no es la Iglesia de la Edad Media, la de Gregorio VII ni es la Iglesia de San Pedro, ni es la Iglesia de San Pablo II. El traje cambia, la cultura cambia, el mundo cambia. Pero, a menudo, nos quedamos atrasados e identificamos la Iglesia con una cultura que ya no es la nuestra y la hacemos inaceptable para quienes están inmersos en otra cultura, en la actual. Debemos desprendernos de amarras culturales del pasado, no siempre conformes al Espíritu, y volver a ser libres de las ataduras humanas y transitorias, volver a ser atentos al Espíritu, presentar al mundo nuestra fe como una oferta, como un aporte al diálogo global, como una contribución a la nueva cultura y al nuevo orden que se están elaborando. Que todas las religiones hagamos lo mismo y no solo el mundo descubrirá en nosotros su gran esperanza, no solo verá abrirse una dimensión olvidada, sino que todos los creyentes nos reconoceremos como tales, como hermanos y sentiremos que, por sobre todas nuestras diversas iglesias, sinagogas, templos o mesquitas, está el único y verdadero Dios, creador y padre de todos los hombres, sin el cual el mundo no encontrará la paz, ni la justicia, ni la alegría de vivir, ni la fraternidad, ni la verdadera libertad o la verdadera igualdad. El día en que los hombres nos reubiquemos frente a Dios, el mundo entrará por el camino deseado, el que lleva a la felicidad.